

Luis Suárez Villagrán



A5 / poesía



**BUR
KA**

BURKA

Luis Suárez Villagrán

EDICIONES UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

Primera edición: diciembre de 2023

ISBN: 978-956-236-446-1

UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

Av. Francisco Salazar 01145, casilla 54-D, Temuco

Rector: Eduardo Hebel Weiss

Vicerrector académico: Renato Hunter Alarcón

Director de Bibliotecas y Recursos de Información: Carlos del Valle Rojas

Coordinador de Ediciones UFRO: José Manuel Rodríguez

COMITÉ CIENTÍFICO ACADÉMICO ED. UFRO

Mg. Leonardo Castillo Cárdenas

Dr. Mauricio Godoy Molina

Dra. Yéssica González Gómez

Dr. Pablo Navarro Cáceres

Dr. Nicolás Saavedra Cuevas

Dra. Berta Schnettler Morales

Diseño de cubierta: Ediciones UFRO

Imprenta UFRO



Luis Suárez Villagrán



A5 / poesía



Al gran Yo Soy.

A mis padres, Eliana y Enrique.

*A mi esposa, Myriam,
y a mis hijas, Marjorie, Kimberly y Francisca.*

Índice

Prólogo	11
Burka.....	15
Aprendiz	17
Amnesia	19
Salpicando.....	21
Patio 45.....	23
Velo.....	25
Pronombres personales.....	27
Decomiso	29
Expropiación.....	31
Experticia.....	33
Aislados	35
UCI	37
Relegado	39

Prólogo

Con mucho agrado presentamos hoy *Burka*, el primer poemario de Luis Suárez Villagrán. Este trabajo le valió obtener en 2022 una mención honrosa en el Concurso Literario Fernando Santiván, celebrado por la Corporación Cultural Municipal de Valdivia. Entonces el poemario fue publicado junto a los demás ganadores del concurso. Hoy a través de Ediciones UFRO ofrecemos de manera autónoma el texto, con el que inauguramos nuestra colección de *plaquettes*: «A5».

Luis Suárez es asistente de bibliotecas hace dieciséis años en la Universidad de La Frontera. Tomó este trabajo para acercarse a los libros, movido por sus inquietudes literarias. Los años y las lecturas no han pasado en vano, pues hoy nos entrega un texto inteligente, lírico, cotidiano y sincero.

El poemario fue escrito durante las cuarentenas impuestas para enfrentar la pandemia de covid-19 y los dos grandes tópicos

de este período, el encierro y la muerte, cruzan los poemas del libro.

El título, *Burka*, es una metáfora que asumirá diferentes significados a lo largo del texto. El burka, recordemos, es la prenda que cubre la cara y el cuerpo de las mujeres en algunas sociedades islámicas. Llevado al contexto de la pandemia, se convierte en mascarilla y, de forma algo más abstracta, en la soledad y el aislamiento que a veces parecieran haberse quedado entre nosotros.

El poema inicial tiene un tono profético e iluminado, con ecos de antigüedad. El ritual con el que termina responde al augurio de una catástrofe que se manifiesta en un eclipse:

Pero el eclipse pasará [...]
y nos hará creer de nuevo
que el sol se apaga
y la sangre de la tórtola o el carnero
bañará otra vez el altar.

Abrir el libro con esta evocación sitúa a la pandemia en perspectiva dentro de la historia y la carga de un significado sobrenatural. Este canto es una excepción dentro del libro, que tendrá a partir de aquí un tono más cotidiano.

Aparecen entonces la ciudad y la calle, donde se repite la imagen del semáforo en rojo y los automóviles, que se aman sin tocarse. Aparecen la casa y el patio del encierro, ambos relacionados con la imagen de la oruga que se encierra en su propio burka para emerger convertida en mariposa, aunque esta metamorfosis nunca llega:

Ya no veo la migración del invierno.

Ya no veo la graduación de la oruga.

La muerte es el otro gran tema que cruza el poemario. El burka aparece aquí como metáfora del ataúd y velo de la muerte. A lo largo de los poemas son recordados amorosamente amigos y familiares que ya partieron, de quienes se especula dónde estarán y cómo. Por ejemplo, en «Patio 45» el hablante anda por la tierra de los muertos:

Los que llegaron antes
les enseñan a los recién llegados [...]
a caminar a oscuras.

El libro cierra con «Relegado», un poema largo que es una despedida, una disquisición sobre la muerte y un mirar atrás la vida desde un mal momento. Un texto que oscila entre la luz y las sombras, como las largas tardes de la cuarentena.

Burka es fruto de un período que todos vivimos y toca temas por todos reconocibles, que siguen vigentes. No somos los mismos después de la pandemia. Aunque nos quitamos el burka, su recuerdo se quedó entre nosotros. Los poemas de Luis Suárez nos ayudan a recordar, reflexionar y preguntarnos cómo seguir.

Martín Mège W.
Temuco, diciembre de 2023

Burka

No es fácil seguir el camino del mochuelo
o encontrar en los ojos de Tiresias
un pedazo de mediodía.

La gaviota surca en el agua
el futuro de su descendencia.

Como en un vientre seco y oscuro
no sabrán si estoy llorando o me río,
destinada a encerrar sin barrotes
a algunas
que no entendieron el idioma
de esos hombres.

Enséñame a caminar
sin aire en los pulmones,
a escapar de este segundo vientre.
Tráeme los ojos
del caballo de bronce olvidado en esa plaza
para aprender a despedir las tardes,
aunque no creo
que sepas reparar el daño
de tanto paño negro ya cortado.

Pero el eclipse pasará
y después de enterrar a mi padre
robará otra vez el plumaje del cuervo

y nos hará creer de nuevo
que el sol se apaga
y la sangre de la tórtola o el carnero
bañará otra vez el altar
mientras miramos al cielo.

Aprendiz

Estoy aprendiendo a caminar de nuevo.
Nos han borrado la expresión de la cara.
Estoy aprendiendo a abrazarte
apretando teclas.
Nos han impuesto la distancia fría de los automóviles.
Se ha perdido la mueca de tus labios.
Estoy aprendiendo a guardar el sol
en el patio de mi casa
antes que bañe mi ciudad vacía.
En la calle dicen que ya no soy el mismo.
En la calle dicen que ya nadie es el mismo.
Mientras, aprendo a perder la vista, el trabajo
y mi rincón favorito en el bar.
No sé por qué no aprendo
a bajar de peso.
Ya no veo la migración del invierno.
Ya no veo la graduación de la oruga
ni cómo aprendió a vestir como Versace.
Me escondo en la casa en el árbol
que mi padre nunca hizo.
Me aferro a sus paredes blandas.
Estoy aprendiendo a remendar días difíciles
con retazos de felicidades pasadas,
a pagar la risa de mis hijas
con tarjetas de crédito,
a guardar migas de pan
para las palomas que aún me esperan.

Dicen que los peces también están aprendiendo
a nadar en aguas limpias.
Llueve al sur del reloj y del calendario.
Los nimbos que los atraviesan
no me dejan ver qué día es hoy.
Cambian las luces del semáforo
y las ambulancias no entienden su señal.
Mi padre ha vuelto.
Está aprendiendo a caminar de nuevo.
Llevo rotos los bolsillos de mi chaqueta.
El sol de mis veranos
ha escapado por allí.
Todo es claro cuando las farolas hablan
y no se puede malinterpretar su luz,
aunque las veas coqueteando
con una noche cualquiera.

Sin querer,
estoy aprendiendo el idioma de las manzanas,
de los muertos
y de los aviones que cruzan por mi patio.

Amnesia

No olvides que el invierno
no pide permiso para entrar a la ciudad.
No olvides que olvidar no es una falta,
sino tan solo una nube que cruza el océano.
No olvides que la sangre
también se transa en el mercado negro
donde los mosquitos no saben llegar.
No olvides que una prisión
no está hecha tan solo de barrotes,
sino también de barro acumulado por tormentas.
No olvides que el rojo
deambulando en las esquinas
puede ayudar a prolongar la vida
y que el consejo de un bolardo
nunca está de más.
No olvides tu burka,
te alejará de los murciélagos,
ni los sesenta y seis libros
que te llevarán a casa.
Bajo el bronce brillante, en la plaza,
olvidaron un grito de auxilio.
Muchos olvidan que son ellos
quienes no nos dejan olvidar sus guerras.

Salpicando

Es posible que un día,
salpicándote,
adelante un poco tu muerte.
Arrastrando la sangre de otros,
atrapada en cánulas
hechas caminos.

Tal vez los espejos
puedan enseñarme a decir la verdad
sin tener que cambiarme de casa,
olvidando las palabras sucias
que solía esconder bajo mi lengua.

Mi padre
se ha librado de las redadas nocturnas.
Su burka de madera lo protege.
Pocos saben dónde está.
Pocos saben
que su confinamiento es para siempre.

Arrancando del artículo 318
quise esconderme donde Moise.
Nunca memoricé la contraseña.

Es posible que algún día
ya no te salpique más.
Pediré prestado el burka de mi padre

y mi madre
estará feliz de verme otra vez.

Patio 45

A mis padres, Enrique y Eliana

Aquí,
en este sitio lleno de huesos secos,
trato de caminar como Tiresias.
Ella lo hace muy bien,
él está aprendiendo.
Los que llegaron antes
les enseñan a los recién llegados.
Todos al final
aprenderemos a vestir este burka,
a caminar a oscuras.

Velo

A Mauricio Contreras Illanes

Me acabo de dar cuenta
de que al invierno no le gustan las despedidas
y que los cuervos viven cerca de la granja
para molestar a los espantapájaros.

Me acabo de dar cuenta
de que la luna no entra en tu cuarto
para competir conmigo
y que ese burka que te obligaron a llevar
era para protegerte del sol.

Me acabo de dar cuenta
de que la muerte no necesitó escaleras
para subir al cuarto piso
y que Mauricio no necesitó una nave espacial
para emprender su largo viaje.

Podría haber estado en el andén
agitando un pañuelo al viento.
Podría haberte ayudado
a cargar el equipaje
que olvidaste en la acera,
pero me acabo de dar cuenta
de que las plañideras nunca vendrían
porque estaban ocupadas con sus propios muertos.

Pronombres personales

Yo. Aquí estoy,
aprendiendo de los automóviles
a amar sin tocarse,
aprendiendo a caminar con un velo
que no me deja ver de dónde vienes.

Tú. Ahí estás,
intentando aprender de la oruga
cómo cambia su viejo *look*
o cómo tallar un corazón en un árbol.

Él. Aquí está,
como en un tablero de ajedrez,
ganando esta partida:
de rodillas los peones,
llorando está la reina.

Nosotros. Aquí estamos,
en tiempos de fogatas casi extintas
y farolas que desvían los caminos,
guardando mientras nuestras balas
que ayer mataban sin piedad.

¿Quién anudo mi cordón umbilical?
¿Quién me separó del mar donde yo era el capitán?

Vosotros. Ahí estáis,
rogando que no toque vuestras casas,
compitiendo con la luna en su desvelo.

Ellos. Aquí están,
volviendo a ver
cómo la oruga construye su futuro,
cómo las horas dibujan sus arrugas.

Decomiso

Confiscaron mi sonrisa,
mis pasatiempos,
el llanto atrapado en mi perro muerto
y las alforjas donde se fue mi juventud.

La tormenta
la pude ver desde mi casa.
Imaginé la lluvia,
imaginé el sol devorándola,
imaginé tu silueta dibujada en mi alfombra.

Nada era mío.
El camino, los árboles, el río,
tu sonrisa.
Me fui apagando
como una farola cuando amanece.
Solo quedó el cerezo
y la visita diaria de los gorriones.

Expropiación

Expropiaron sus plazas,
sus columpios,
su libertad.

El caballo de bronce, aburrido, se oxidó
esperando a que volvieran a mear sus patas.

Las migas para las palomas,
guardadas en el fondo de sus chaquetas,
el globo sin inflar,
el remolino
sin viento, dormido en el armario.

Todo lo expropiaron:
el aviso oportuno del queltehue,
el gusano y su silencio,
hasta la risa de la bandurria.

No había límites,
no había tiempo de lamentarse
ni precio justo.

Experticia

He ido perdiendo la experticia
de robarles el tiempo a las estatuas,
de preguntarme por la falta de colores en los semáforos,
de entender a los automóviles y su amor sin tacto.

He perdido la experticia
de esperar a la flor el día de su gala
o a la oruga en su graduación.

Estoy perdiendo la experticia
de entender el oficio de un pájaro muerto,
de saber por qué engañan a esos árboles
recostados en camiones,
de por qué el invierno no se cansa de azotar la casa,
y de ver cómo la lluvia borra la sangre en el pavimento.

Lo que antes sabía ya no lo sé.
Por ejemplo,
cómo bajar sin luz a tu jardín secreto,
cómo volver al barro que me enseñó a ser niño,
cómo comprar sin dinero una sonrisa,
o el final de mi telenovela favorita.

Aislados

Es la hora de puentes inútiles
y de andamios que no alcanzan las estrellas.
De morder el humo que otros botan
y practicar el idioma de las piedras.
Es la hora de decir te amo sin abrir los labios,
aporreando la pantalla de mi teléfono
con los dedos hinchados y mi cuerpo intacto.
Es la hora de comprar por gramos un poco de risa
y de pagar muy caro dormir toda la noche.
Aquí los semáforos
les seguirán haciendo ojitos a los automóviles,
aunque su amor a vista de todos
haya sido arreglado.

UCI

En memoria de Kamar Vera

A través de una ventana
a mirarte fui obligado,
hundiendo mis dedos en letras devastadas.
En un valle de silencio sumergido
huelo el humo de los autos.

Expulsan tedio los semáforos
mientras compro escondido tras mi burka.
Ella iba salpicándome de muerte.

Me cuesta aprender el idioma de los tubos,
detrás de un velo, obligado a esperar
con el inútil consejo del reloj,
sin saber de qué lado está la vida,
sin saber de qué lado está la muerte.

Relegado

I

Llevo en mis alforjas
todas las alas de la tarde,
los diversos trajes de la noche
y una que otra ventisca de la montaña.

Guardo en mis bolsillos
el final de una balada triste
y las gotas de lluvia que nunca cayeron.

Tarde aprendí el oficio de estar solo.

Me lleva más tiempo digerir el asfalto.
La carroña que me cuelga entre las piernas
ya no me molesta.

No sé cuántas nubes he visto pasar,
pero sí sé que algunos árboles
están migrando a la ciudad
y que las farolas, como prostitutas,
insisten en volver por las noches.

II

No todos los anuncios que vi me sirvieron.
Ningún antídoto curó mi porfía de escribir.
Tan solo un segundo de la vida de una piedra
es lo que he vivido.
Les pregunté cuál era la clave, con duro afán.
—Guardar silencio —me dijeron—, guardar silencio.
Pero ya es tarde
para este ramal de ferrocarril ruidoso.

Mi voz se perfeccionó en las despedidas
con el martilleo de los veranos en mi ventana,
poco antes de migrar junto a las aves.

Con facilidad me subo al carro de una balada
que solo se detiene o pone marcha atrás.
Me quedo en el remanso olvidado de una guitarra
y a menudo mastico las larvas de lo que maldije,
aun cuando el río no deje de recordarme
que no corra,
que la muerte nunca falta a su cita.

Es cierto,
no toda luz roja se derrama en los burdeles,
pero mis palabras quedarán negras
por más que yo las diga blancas.

III

Me equivoqué al barrer bajo mi lengua palabras sucias.
Me equivoqué al entrar por la ventana
y no por la puerta de su blusa.
Es que ya no encontré el equilibrio
al caminar sobre los puentes.
No esperaba este motín de palabras
detrás de mi gran lengua.

La carne del árbol se desangra en todos los colores,
le ponen ventanales que miran hacia adentro
y su resina llora cuando las luces duermen.

Nunca entendí el oficio de la acera
ni por qué devoraba mis zapatos.
Reconozco, sí, que envidié sus ojos
cuando, paciente, en verano miraba bajo las faldas.

Es domingo,
primer día de la semana,
y no creo que sea un buen día para morir.
Nadie sabe el día ni la hora de su muerte.
Ni los intelectuales
ni los videntes
ni los asesinos
ni los curas.
¿Por qué tendría yo ese privilegio?

Tal vez este jueves.
No. Mejor un día de fiesta.
Lo cierto es que no será un lunes:
es un día muy aburrido como para hacerlo feliz.
Eso sí, será después de desayunar.
Esperaré la primavera,
las estadísticas indican
que es la mejor estación para morir.
Además, podré lucir mi corbata nueva.
La primavera es inestable
y los cambios de temperatura podrían enfermarme.
Eso sí, antes tomaré prestados unos minutos
y declamaré al silencio estos poemas.



Este libro fue compuesto por el equipo de
Ediciones Universidad de La Frontera durante
la primavera de 2023.
Para los textos se utilizaron las fuentes Skolar Latin,
diseñada por David Březina, y Montserrat,
de la tipógrafa Julieta Ulanovsky



Luis Suárez Villagrán es poeta y asistente de bibliotecas en la Universidad de La Frontera. *Burka* obtuvo una mención honrosa en el Concurso Literario Fernando Santiván de 2022.